

Belleza y alegría. El amor que mueve la catequesis¹

✠ José Rico Pavés

Obispo de Asidiona-Jerez

«**N**os apremia el amor de Cristo» (2 Cor 5, 14). La novedad inmarcesible de la vida cristiana reside en la persona misma de Jesucristo, cuyo amor mueve todo cuanto la Iglesia hace. Por él hemos conocido el amor que Dios nos tiene; con él hemos sido hechos partícipes de ese amor; en él se ensancha el corazón humano y es hecho capaz del amor más grande. Derramado con el don del Espíritu Santo, el amor de Dios precede, acompaña y guía nuestro caminar en este mundo, dándonos a gustar anticipadamente la alegría del Cielo. Para el discípulo de Cristo, uno solo es el mandamiento del que manan los demás: permanecer en su amor (cf. Jn 15, 9). El mandato evangelizador y bautismal, del que forma parte la catequesis, tiene su principio y fundamento en este precepto. El amor de Dios, en efecto, también mueve la catequesis.

«Hazme saber a quién ama mi alma» (Ct 1, 7 s. LXX). La tradición cristiana ha reconocido en las palabras de la esposa del Cantar de los Cantares el sentir de la humanidad que anhela, muchas veces sin saberlo, encontrarse con aquel a quien su corazón ama. Los primeros comentaristas cristianos de la Sagrada Escritura leyeron el Cantar según la versión griega de la septuaginta y repararon en una súplica ausente en el texto hebreo²: el alma que declara estar herida de amor

¹ J.C. CARVAJAL BLANCO y A. CASTAÑO FÉLIX (ED.), *Id y haced discípulos... (Mt 28, 19): Al servicio de la fe. Homenaje a Don Manuel del Campo Guilarte* (Universidad San Dámaso, Madrid 2012), pp. 551-562.

² Cf. ORÍGENES, *Com. in Cant.* II, 4, 16 (SCh 375, 338-340; BPa 1, 153); *Hom. in Cant.* I, 8 (SCh 37bis, 75-76; BPa 51, 70-72).

(cf. Ct 2, 5) desconoce a quién ama su alma y busca fuera de Cristo lo que solo Cristo le puede dar. La Iglesia, que escucha el gemido de la humanidad, ora con la súplica de la esposa y entiende que es Cristo mismo quien le encomienda ayudar a los hombres y mujeres de todos los tiempos a descubrir el amor de su alma.

«Ordenad en mí el amor» (Ct 2, 4 s. LXX). A la Palabra proclamada que despierta la fe y provoca el encuentro de la conversión, sigue la Palabra que resuena en el oído y pone orden en el corazón. Desvelado el rostro de aquel conforme al cual ha sido moldeado el ser humano, se sufre el daño provocado por el pecado del origen y se experimenta la dolorosa paradoja de la condición humana: la obra más bella de la creación, portadora de la imagen y semejanza de Dios, necesita recuperar su belleza originaria; quien ha sido hecho para la dicha, reclama ahora la «alegría de tu salvación» (Sal 51, 14). Despertar y ordenar el amor es tarea que la catequesis está llamada a cumplir mediante la belleza que salva y la alegría que no puede ser arrebatada.

1. La catequesis y la necesidad humana de belleza

«La belleza es la gran necesidad del hombre; es la raíz de la que brota el tronco de nuestra paz y los frutos de nuestra esperanza. La belleza es también reveladora de Dios porque, como él, la obra bella es pura gratuidad, invita a la libertad y arranca del egoísmo»³. La Iglesia responde a la necesidad humana de belleza cumpliendo el mandato misionero de su Señor. La proclamación gozosa del Evangelio tiene como meta provocar el encuentro personal con Jesucristo, «belleza tan antigua y tan nueva»⁴. La catequesis, como momento privilegiado en la transmisión de la fe, contribuye a descubrir la belleza reveladora de Dios despertando la capacidad de asombro en los catecúmenos ante la hermosura de la Palabra revelada y de su transmisión.

³ BENEDICTO XVI, *Homilía* en la Dedicación del Templo de la Sagrada Familia y la Consagración del altar (7.11.2010).

⁴ SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Conf. X, 27, 38* (CCL 27, 251).

1.1. LA BELLEZA DE LA TRANSMISIÓN

«¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia la buena noticia!» (Is 52, 7). La Palabra bella y buena del Evangelio hace bello a su portador. Posando su pie sobre la obra bella de la creación, el mensajero de buenas nuevas se convierte él mismo en declaración gozosa de una belleza que abraza en armonía el mundo creado y al hombre que lo habita.

La catequesis es transmisión de la belleza de la vida cristiana cuando conduce a la fuente de toda belleza, revela al catecúmeno su pertenencia a una historia que es salvífica, participa del dinamismo vivo de la Tradición y refleja en el rostro de los servidores de la Palabra —catequistas y maestros de la fe— el resplandor de la verdad.

La belleza es llave del misterio y llamada a la trascendencia⁵. El desconocido autor del *Corpus Dionysiacum*, recuperando una temática frecuente entre los autores del último neoplatonismo, aprovecha la proximidad semántica de las palabras griegas *kalós* —bello, bueno— y *kalleîn* —llamar—, y justifica la atracción que ejerce Dios sobre todas las cosas en razón de su belleza infinita. A Dios se le da el nombre de «belleza» por llamar todas las cosas hacia sí⁶; él es *belleza que llama*. Es tarea de la catequesis ayudar a escuchar la llamada de Dios en la belleza y transmitir en los catecúmenos un asombro tal que los convierta en «interrogadores de la belleza»⁷.

⁵ «La belleza es clave del misterio y llamada a lo trascendente. Es una invitación a gustar la vida y a soñar el futuro. Por eso la belleza de las cosas creadas no puede saciar del todo y suscita esa arcana nostalgia de Dios que un enamorado de la belleza como san Agustín ha sabido interpretar de manera inigualable: “¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé!”»: JUAN PABLO II, *Carta a los artistas* (4.IV.1999), n. 16.

⁶ «Llamamos Hermosura a aquel que trasciende toda belleza porque él reparte generosamente la belleza a todos los seres, a cada uno según su capacidad y por ser causa de la armonía y belleza de todo [...] y porque llama —*kaléi*— todo hacia sí mismo, por eso es llamado también hermosura —*kallos*—»: PSEUDO DIONISIO AREOPAGITA, *Div. Nom.* IV, 7, en: Id., *Obras completas* (Clásicos de Espiritualidad 21, BAC, Madrid 2003), p. 36.

⁷ «Interroga a la belleza de la tierra, interroga a la belleza del mar, interroga a la belleza del aire que se dilata y se difunde, interroga a la belleza del cielo... interroga a todas estas realidades. Todas te responden: “ve, nosotras somos bellas”. Su belleza es una profesión —*confessio*—. Estas bellezas sujetas a cambio, ¿quién las ha hecho sino la Suma Belleza —*pulcher*—, no sujeta a cambio?»: SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Serm.* 241, 2 (PL 38, 1134; cf. CCE 32).

La catequesis es transmisión de la belleza evangélica cuando descubre al catecúmeno su pertenencia a la Historia de la Salvación. El relato de la historia sagrada es constitutivo de la enseñanza catequética, pero no debe ser entendido como exposición de personajes y hechos del pasado, sino como actualización de una historia percibida como *propia*. La “belleza que llama” recorre la historia desvelando la salvación, hasta alcanzar en Jesucristo su manifestación plena. A esa historia salvífica pertenece el catecúmeno, quien se familiariza con un pasado que ahora le alcanza. Si en medio de las vicisitudes históricas, con acciones humanas tantas veces opuestas a la bondad de Dios, se puede reconocer la belleza de su designio salvífico es porque el amor de Dios es siempre mayor. Al amor más grande se debe referir la historia para percibir en ella la belleza de la salvación⁸.

La catequesis aparece como transmisión bella cuando en ella se manifiesta con claridad que el sujeto de la misma es la Iglesia en cuanto tal y no la iniciativa aislada de algunos hijos suyos. En este sentido, la belleza de la catequesis depende de su inserción real, también afectiva, en el surco vivo de la tradición eclesial. Gracias a esta inserción se evitará confundir la catequesis y sus estructuras pedagógicas con la experiencia cristiana originaria —«el acontecer gratuito de un encuentro significativo para la propia existencia»⁹—, a cuyo servicio deben estar.

Para que la catequesis sea, en fin, transmisión de la belleza reveladora de Dios, es necesaria la conformidad del transmisor a la Palabra de Dios que ha de transmitir. El mensajero —catequista— no debe olvidar que «sus pies son hermosos» (cf. Is 52, 7) cuando pisan el monte del encuentro con Dios y proclama la Buena Nueva que de él recibe. Su palabra no es elocuencia del mundo sino testimonio de la belleza

⁸ Debe realizarse la explicación de la historia, desde la creación al tiempo actual de la Iglesia, «de manera que exponamos cada una de las realidades y hechos o acontecimientos que narramos en sus causas y razones, por medio de las cuales refiramos todo a aquel fin del amor, del que no debe apartarse un momento la intención del que habla ni del que escucha»: SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *De cat. rud.* VI, 10 (CCL 46, 131).

⁹ Cf. A. SCOLA, *¿Quién es la Iglesia? Una clave antropológica y sacramental para la eclesiología* (Edicep, Valencia 2008), p. 303.

de Dios. Al él cuadran las palabras sabias de san Gregorio de Nisa: «Es necesario contemplar continuamente la belleza del Padre e impregnar de ella nuestra alma»¹⁰.

1.2. LA BELLEZA DE LO TRANSMITIDO

«Eres el más bello de los hombres» (Sal 45, 3). La liturgia del Viernes Santo nos sitúa ante la belleza de Dios, revelada misteriosamente en la pasión redentora de su Hijo. Las palabras del salmista se encuentran con las del profeta Isaías: «Sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente» (Is 53, 2); y nos recuerdan que la belleza de la vida cristiana es una belleza redimida, no con bienes de este mundo, sino con la sangre preciosa del Hijo (cf. 1 Pe 1, 18-19)¹¹. La belleza de lo que la catequesis transmite es, ante todo, la belleza de Jesucristo, contemplada con los ojos de su esposa la Iglesia en lo que ella cree, celebra, vive y ora.

«El Espíritu y la esposa dicen» (Ap 22, 7). Mientras el esposo llega, la palabra de la Esposa se pronuncia en inseparable comunión con el Espíritu Santo. El que en nombre de la Iglesia transmite a otros la alegría de la fe debe aprender a hablar en docilidad al Espíritu y a la Iglesia que le envía. La belleza de lo transmitido exige que el transmisor contemple los misterios revelados con los ojos de la esposa. La catequesis es, en efecto, una acción esencialmente eclesial cuyo verdadero sujeto es la Iglesia¹², por eso, su contenido tiene directamente que ver con las acciones que la definen. Desvelar la belleza de la enseñanza que la catequesis transmite implica mostrar la belleza de la profesión de fe, de la celebración de los misterios, del compromiso cristiano y de la oración,

¹⁰ SAN GREGORIO DE NISA, *Hom. in Or. dom. 2* (PG, n. 44, 1148; cf. CCE, n. 2784).

¹¹ «El que cree en Dios, en el Dios que precisamente en las apariencias alteradas de Cristo crucificado se manifestó como amor *hasta el extremo* (Jn 13, 1), sabe que la belleza es verdad y que la verdad es belleza, pero en el Cristo sufriente aprende que la belleza de la verdad incluye la ofensa, el dolor e incluso el oscuro misterio de la muerte, y que solo se puede encontrar la belleza aceptando el dolor y no ignorándolo»: J. RATZINGER, «La belleza es bondad. Mensaje para el Meeting de Rimini 2002», en: J. L. ALMARZA – M. BARAYA *et alii* (eds.), *La belleza salvará al mundo. Con ocasión del V Encuentro de Universitarios Católicos (15 de noviembre de 2004)* (Madrid 2004), p. 44.

¹² Cf. *Directorio General para la Catequesis* (25.VIII.1997) [= DGC], n. 78.

separadamente y en su conjunto¹³. Todos los aspectos y dimensiones del mensaje cristiano son bellos porque en su pluralidad resplandece la unidad, en su conjunto están jerárquicamente ordenados, en su disposición hay armonía y en su claridad queda comprometido el sentido de la existencia humana.

El mensaje que transmite la catequesis tiene un carácter orgánico y jerarquizado¹⁴, se articula en torno al Misterio de la Santísima Trinidad, y se desarrolla teniendo como centro el Misterio de Cristo. Así, la belleza de la catequesis resplandece cuando se muestra en todo su esplendor la belleza de la Revelación: comunicación de Dios al hombre para hacerlo partícipe de su misma vida divina (cf. DV, n. 2). Tal es el dinamismo de la Revelación que la catequesis debe mostrar: Palabra que suscita la fe para que, creyendo en el Hijo de Dios, tengamos vida en su nombre (cf. Jn 20, 31).

La armonía del conjunto del mensaje catequético requiere disponer los misterios de la fe según su propio orden y jerarquía. La belleza del mensaje transmitido aparece cuando se respeta la «jerarquía de verdades» (cf. UR, n. 11). Tal expresión «no significa que algunas verdades pertenezcan a la fe menos que otras, sino que algunas verdades se apoyan en otras como más principales y son iluminadas por ellas»¹⁵. Cuando se muestra el mensaje revelado como un todo orgánico, se percibe la fe en su unidad y, con ella, resplandece su verdad, bondad y belleza¹⁶. La fe tiene un solo corazón, un único centro: Jesucristo, el Hijo de Dios vivo. Por eso, «los contenidos fundamentales de la fe proceden

¹³ Cf. A. CORDOVILLA, «Belleza, bondad y verdad. Sobre la unidad del contenido y la estructura del *Catecismo de la Iglesia Católica*»: *Teología y catequesis* 104 (2007), pp. 11-27.

¹⁴ Cf. DGC, nn. 114-115.

¹⁵ DGC, n. 114. «La “jerarquía de verdades” significa que las diversas verdades de la fe están agrupadas en torno a un punto central y, a partir de él, se hallan ordenadas entre sí, pero no que las verdades que no se hallan en el centro serían por ello menos verdaderas»: CH. SCHÖNBORN, «El *Catecismo de la Iglesia Católica*: ideas directrices y temas fundamentales», en J. RATZINGER – CH. SCHÖNBORN, *Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica* (Ciudad Nueva, Madrid 21995), p. 47.

¹⁶ «La belleza, última palabra a la que puede llegar el intelecto reflexivo, ya que es la aureola de resplandor imborrable que rodea a la estrella de la verdad y del bien y su indisoluble unión»: H.U. VON BALTHASAR, *Gloria. Una Estética Teológica I: La percepción de la forma* (Encuentro, Madrid 1985), p. 15.

todos en cierto modo del tesoro del Corazón de Jesús. Este Corazón es el símbolo “del amor con que el divino Redentor ama continuamente al Padre eterno y a todos los hombres” (CCE, n. 478)¹⁷.

2. La catequesis y la alegría de la salvación

«Devuélveme la alegría de tu salvación» (Sal 51, 14). El pecado afea la vida humana deformando la imagen bella de Dios en el hombre. Privado de belleza, el corazón humano cae en la tristeza. El salmista, experimentando esta situación, eleva su súplica al único que puede salvarlo y pide volver a vivir la alegría de la salvación. Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, consciente de la situación del ser humano que el salmista declara, al completar su entrega para la salvación del mundo, confía a sus discípulos el fin de su misión: «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud» (Jn 15, 11).

En un mundo difícil, en el que muchos de nuestros contemporáneos no quieren reconocerse en las palabras del salmo, la catequesis «debe ayudar a los cristianos a ser, para su gozo y para el servicio de todos, *luz y sal* (cf. Mt 5, 13-16)»¹⁸. En la catequesis se custodia y transmite la palabra que Cristo comunica a los suyos para que participen de su alegría. La alegría cristiana se nutre de la alegría de Cristo sin ignorar las alegrías humanas verdaderas: la de Cristo en sus discípulos, para que la de estos sea plena¹⁹. La alegría es una dimensión constitutiva de la vida cristiana, una de sus señas de identidad en este mundo y su estado de plenitud en la vida eterna. Por ser esencial a la vida cristiana, la alegría debe configurar la catequesis.

¹⁷ CH. SCHÖNBORN, *Fundamentos de nuestra fe. El “Credo” en el Catecismo de la Iglesia católica* (Encuentro, Madrid 1999), 7; cf. también H. DE LUBAC, *La fe cristiana* (Secretariado Trinitario, Salamanca 1988), pp. 237-273; CH. SCHÖNBORN, *L’unité de la foi* (Mame, Paris 1993).

¹⁸ JUAN PABLO II, exhortación apostólica *Catechesi Tradendae* (16.X.1979), n. 56.

¹⁹ «No hay ninguna oposición entre la alegría cristiana y las alegrías humanas verdaderas. Es más, estas son exaltadas y tienen su fundamento último precisamente en la alegría de Cristo glorioso, imagen perfecta y revelación del hombre según el designio de Dios»: SAN JUAN PABLO II, carta apostólica *Dies Domini* (31.V.1998), n. 58.

Ahora bien, la alegría cristiana no se debe confundir con un estado transitorio del ánimo producido por la sensación de bienestar o por un placer sensible²⁰. La alegría cristiana que debe dar forma y contenido a la catequesis es fruto del Espíritu Santo, y consiste «en que el espíritu humano halla reposo y una satisfacción íntima en la posesión de Dios Trino, conocido por la fe y amado con la caridad que proviene de él»²¹.

2.1. LA ALEGRÍA EN LA TRANSMISIÓN DE LA FE

«Hazme oír el gozo y la alegría» (Sal 51, 10). La alegría puede ser oída: llega con la buena nueva, se transmite con la Palabra, se acoge con la fe, se experimenta en el corazón, se construye con el amor de las obras y se expresa en el rostro del ungido²². «La Iglesia tiene la vocación de llevar la alegría al mundo, una alegría auténtica y duradera»²³. La catequesis es parte irrenunciable de esta vocación.

La alegría llega con la buena nueva. El nacimiento del salvador fue anunciado por los ángeles a los pastores como una gran alegría: «No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo» (Lc 2, 10). Antes de que el evangelio sea mensaje es presencia de Dios entre los hombres. La alegría de la buena noticia disipa miedos y se extiende a todos, pero solo la reciben los de corazón sencillo y los que se ponen en camino para encontrar la señal del cielo. La catequesis es transmisión alegre de la fe cuando prepara el corazón al encuentro bajo signos con el Salvador.

La alegría se transmite con la Palabra. «El anuncio de la Palabra crea comunión y es fuente de alegría»²⁴. El discípulo de Cristo se sabe portador de la única Palabra capaz de devolver la alegría al mundo,

²⁰ «La alegría no se ha de confundir con sentimientos fatuos de satisfacción o de placer, que ofuscan la sensibilidad y la afectividad por un momento, dejando luego el corazón en la insatisfacción y quizás en la amargura»: SAN JUAN PABLO II, carta apostólica *Dies Domini* (31.V.1998), n. 57.

²¹ SAN PABLO VI, exhortación apostólica *Gaudete in Domino* (9.V.1975), n. II.

²² «El óleo santo consagra nuestros cuerpos y da paz y alegría a nuestros rostros»: *Oración de Consagración del crisma*, Misa Crismal, Misal Romano.

²³ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud 2012* (15.III.2012), Introducción.

²⁴ BENEDICTO XVI, exhortación apostólica *Verbum Domini* (30.IX.2010), n. 123.

porque con ella se entrega al Salvador. Mediante la evangelización y la catequesis la palabra humana se convierte en vehículo de la palabra divina. La catequesis es transmisión alegre de la fe cuando la palabra humana favorece la familiaridad con la Palabra de Dios y aproxima su luz a las preocupaciones e inquietudes de los hombres.

La alegría se acoge con la fe. «La fe crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo»²⁵. La Palabra acogida desde la fe trae consigo la alegría de creer y el entusiasmo de comunicar a otros la Palabra recibida. Así es la lógica de la fe y de la alegría cristiana: crece cuando se da. Acoger significa “prestar oído” (*ob audire*), es decir, obedecer. La obediencia de la fe es entrega confiada de la propia voluntad a quien sabemos que nos ha amado primero. Porque es respuesta de amor a quien nos ama, la obediencia del creyente es fortaleza para su fe. Para que la catequesis sea transmisión alegre de la fe es necesario ejercitar la voluntad del catequista y del catecúmeno de modo que aprendan ambos, en la acción de transmitir y de recibir, a secundar la gracia en obediencia amorosa a la voluntad de Dios.

La alegría se experimenta en el corazón y se construye con el amor de las obras. La alegría cristiana es interior y exterior: se forma por dentro en el corazón y se construye por fuera con las obras de caridad. Verdad y belleza ponen alegría en el corazón²⁶. Fe y amor convierten esa alegría en esperanza de salvación. La catequesis es transmisión alegre de la fe cuando en ella se ejercitan las virtudes teologales, aquellas que teniendo su origen en Dios nos conducen a él.

La alegría se expresa en el rostro del ungido. La alegría no es simple estrategia pedagógica en la transmisión de la fe, es más bien el “medio vital” en el que esa se desarrolla. «No se puede ser feliz si los demás

²⁵ BENEDICTO XVI, carta apostólica *Porta fidei* (11.X.2011), n. 7.

²⁶ «Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, pone alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste a la usura del tiempo, que une a las generaciones y las hace comunicarse en la admiración»: CONCILIO VATICANO II, *Mensaje a los artistas* (8.XII.1965).

no lo son. Por ello, hay que compartir la alegría»²⁷. La catequesis es transmisión alegre de la fe cuando al gozo exterior de la comunicación acompaña la alegría interior de la contemplación: «Gocémonos, amado, / y vámonos a ver en tu hermosura»²⁸.

2.2. LA ALEGRÍA EN LA FE TRANSMITIDA

«Volver a descubrir la alegría de creer y el entusiasmo de comunicar la fuerza y la belleza de la fe es un desafío esencial de la nueva evangelización a la que está llamada toda la Iglesia»²⁹. La alegría de la fe tiene su origen en el amor de la Trinidad. Tener parte en este amor es recibir alegría completa y comunicar a otros el gozo de la fe es, al mismo tiempo, don y tarea imprescindible para la Iglesia³⁰.

A la alegría en la transmisión, la catequesis añade la alegría de lo transmitido. Confesión de fe, celebración, compromiso y oración dan contenido concreto a la alegría de la fe. Dos perspectivas pueden ser desarrolladas en este sentido: la que lleva a proclamar y vivir las bienaventuranzas en todas las dimensiones de la vida cristiana —creer, celebrar, vivir y orar como bienaventurados—, y la que lleva a descubrir la relevancia salvífica de lo que la Iglesia cree, celebra, vive y ora. Si en el primer caso las verdades de fe se experimentan como gozo anticipado de una bienaventuranza eterna, en el segundo la doctrina transmitida se presenta como camino para ser recorrido hasta que la fe deje paso a la visión³¹. En ambos casos, es necesario tomar conciencia expresa de

²⁷ BENEDICTO XVI, *Mensaje* para la Jornada Mundial de la Juventud 2012 (15.III.2012), n. 7.

²⁸ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual* A 35. B 36, en: ID., *Obras completas* (EDE, Madrid 21980), pp. 94-95.

²⁹ BENEDICTO XVI, *Videomensaje* a la Iglesia de Francia en el Aniversario del Concilio Vaticano II (24.III.2012).

³⁰ Cf. BENEDICTO XVI, exhortación apostólica *Verbum Domini* (30.IX.2010), n. 2.

³¹ «Si para mostrar el camino a una persona extraviada y cansada recorreremos con benéfica alegría los caminos que nos son más desconocidos, ¡con cuánta más alegría y gozo debemos caminar por la doctrina salvífica, incluso aquella que no es necesaria para nosotros, cuando conducimos por los caminos de la paz a las almas desgraciadas y fatigadas por los pecados del mundo bajo las órdenes de quien nos la encomendó»: SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *De cat. rud.* XII, 19 (CCL 46, pp. 141-142).

que la alegría de creer es fruto precioso del Espíritu Santo, gozoso abrazo de amor del Padre y del Hijo³².

3. Conclusión: el amor que mueve la catequesis

La transmisión de la fe no puede prescindir del abrazo amoroso de la Iglesia mediante el cual se comunica a nuestros semejantes el amor de Dios que colma de alegría el corazón humano. Cuando la prioridad más grande de la Iglesia es «abrir de nuevo al hombre de hoy el acceso a Dios, al Dios que habla y nos comunica su amor para que tengamos vida abundante (cf. Jn 10, 10)»³³, es necesario que el amor de Dios encienda de nuevo la catequesis haciendo resplandecer la belleza de la vida cristiana y la alegría de creer.

³² «Y este amplexo inefable del Padre y su Imagen no es sin fruición, sin amor, sin gozo. Y esta dilección, amor, felicidad o dicha, si son dignas de Él estas expresiones humanas, las comprendía brevemente san Hilario en la palabra *gozo*, y es en la Trinidad el Espíritu Santo, no engendrado, suavidad del que engendra y del engendrado, que se difunde con infinita liberalidad y abundancia por todas las criaturas, en la medida en que son capaces, a fin de que observen su orden y ocupen su lugar»: SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *De Trin.*, VI, 10, 11 (CCL 50, 241; BAC 39, 387).

³³ BENEDICTO XVI, exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (30.IX.2010), n. 2.